

En lo más tórrido de la noche ateniense del 20 de julio, acabo despertándome, a las 4 de la mañana, empapado en sudor pese al aire en marcha, cogiendo el móvil y revisando los WhatsApp, a falta de poder dormir decentemente, sin soñar con el Apocalipsis y los descabros brumosos que nos manda Morfeo cuando está de mal café. ¡Craso error! Encuentro allí un recorte del Diario de Noticias de Navarra, que me envía José Ignacio, AKA el Peli, otro gran amigo navarro, en el que dan escueta noticia de la muerte de Pascual García Arano, periodista, escritor, cocinero amoroso y padre adorado, ejemplar y envidiable, de dos mellizas, pareja por más 40 años de Amaya, la más angelical criatura que yo haya conocido jamás, médica de familia, idolatrada por sus pacientes de la zarandeada medicina pública.

Pascual fue compañero mío de piso -un tiempo junto con Amaya- a finales de los 80 y principios de los 90, luego la vida nos fue separando, más la geografía que otra cosa. Y la pereza de buscarse y encontrarse, rellenar los largos vacíos de la ausencia, (la timidez del exiliado, que aparece siempre imponiendo su presencia, imperioso). Todo ello talla el carácter y la biografía, y te va haciendo primero extrañado y luego extraño, sin quererlo. Pero queda incólume el immaculado poso del respeto y el afecto que nos unió un tiempo, hasta ahora, en aquel extraño falansterio de la calle Vallehermoso de Madrid, donde formábamos, con el Peli, una comunidad de trabajadores incipientes, con magros salarios, largas jornadas y desmesuradas ilusiones.

Pascual tenía una presencia que imponía, con su perilla algo malaje y su físico muy roquero, de codo hecho a la barra de un bar, seguidor a muerte de los Rolling, trajinando sus cigarrillos impenitentes, aquellos Camel a los que arrancaba, con gesto hábil de fumador empedernido, el filtro antes de encenderlos, filtro que arrojaba donde le caía más a mano, con sus andares un tanto torpes, de persona sensata, o sea nada deportista, predestinada a la automoción, y su sentido del humor agudo y burlón, que acompañaba de una risita breve y contagiosa. Pascual era capaz de pedir que le acompañasen a pasar la ITV y luego preguntar, como si nada: “¿En qué coche vamos, en el tuyo o en el mío?” Era un hombre dotado de buen sentido crítico, casero a más no poder, divertido, azacanado a veces, dormilón en sus escasos días festivos, trabajador y feminista cuando todavía el feminismo no era boga entre el público joven masculino, a menudo criado en colegios de chicos, con sus curas, sus pecados y sus hostias bien dadas, que nos mandó a las mujeres demasiado tarde, cuando ya los ardores imponían su apremio a cualquier otro tipo de sensibilidad cómplice y calmada. Tras hacer periodismo en Navarra, recaló en las Canarias y luego lo llamaron para formar parte del equipo de El Mundo, que entonces se formaba, explotado por su director, un ínclito y gesticulador resiliente dotado, nunca mejor dicho, de la cualidad que Andreotti consideraba indispensable a los políticos: “un culo di ferro”. Allí, con otros 60 o 70 más, levantaron un periódico de la nada a los 200.000 ejemplares, en un sótano atestado de la calle Pradillo, con jornadas de 10 y 12 horas, a menudo bien regadas, con poco sueño y mucha presión, corriendo delante de sí mismos, como es común en esa raza. Luego el periódico se fue poniendo de perfil y abandonando la diversidad de sensibilidades, y los que no comulgaban con su deriva fueron siendo despedidos, sin contemplaciones, empezando por los no se achantaban, como Pascual, representante insigne de esa clase media del periodismo que hoy pena por subsistir. Ya fuera de España, me enteré de su despido, de su infarto instantáneo y benigno, de su paso a Cuarto Poder, de su escritura, que entonces empezó a practicar con asiduidad y entusiasmo. Fueron apareciendo impresas sus novelas (Historias de la radio, Doble Cero, Un cadáver en mi ascensor, Delincuenciarío...), algunas de las cuales me mandó por email para que le diera mi opinión, que fue entusiasta, y escuché sus entrevistas en radio y televisión. Dedicó sus últimos años a la escritura, enrocado en la familia y la creación, y me dicen que ha dejado una novela inédita, que ojalá vea pronto la luz. Resultó ser un escritorazo, con una capacidad para crear personajes de a pie, de bar, hombres y mujeres falsamente perdedores, que me encandiló. Y tener un oído fino para los diálogos, así como buena cabeza para armar guiones en apariencia sencillos, lo más difícil. Hoy día, la narrativa es un guirigay de egos jaleados en Instagram, en el que a menudo la paja trillada pasa por oro molido y las perlas yacen escondidas, entre los escombros de un sector que juega a la bonoloto con los autores, esperando dar con ese Gordo que enjuague las pérdidas de tanta apuesta editorial adocenada y cansina. Tarde o temprano, las novelas de Pascual García Arano, con su frescura y su pre-verdad desenfadada e irreverente, saldrán a la superficie y serán leídas por la inmensa minoría de público que merecen.

Pensaba de vez en cuando que, una vez dueño de mi tiempo ya saldado, vería a Pascual con calma y vaciaríamos juntos unas botellas, desgranando nuestras ausencias al dedillo. Pero la vida no espera, y la muerte menos todavía.

Pascual, Pasqui, amigo, ¡larga y grata memoria!

24.8.2024

